

TEOD. — Entremos; pero no tengais recelo de que la luna os perjudique á la salud.

SILV. — Es cosa constante que así como es util á muchas plantas, es nociya á los hombres.

EUG. — Yo siempre lo tuve entendido.

§ VII.

Del influjo de los astros en los cuerpos terrestres.

TEOD. — Tambien yo estuve muchos años en esa persuasion; mas por último he venido á conocer, despues que adquirí alguna mas instruccion por medio de la lectura y esperiencia, que en ese particular habia grandes errores y preocupaciones de la niñez.

SILV. — Es principio para mí certísimo que todos los astros influyen en los cuerpos *sublunares*, y que unos tienen influjo benigno otros maligno. Y siendo el influjo del sol bueno, ¿por qué no será malo el de la luna?

TEOD. — En el influjo del sol no tengo duda; porque es innegable el calor que causa en los cuerpos terrestres, y este calor junto con la luz es el que da vigor á las plantas, y como alma y vida á todo el mundo. Del influjo de la luna en parte dudo y en parte no; tengo por cierto que las mareas proceden de ella, y asimismo muchos vientos y otras muchas mutaciones en esta próxima region del aire: si concedemos á la luna la fuerza de atraccion que

está casi evidentemente probada entre todos los cuerpos celestes, con ella puede mover las aguas del Océano, y la tenue masa del aire, y con esto causar notables alteraciones en la economía de la naturaleza. En cuanto á estos puntos no tengo duda, y hablaremos de ellos á su tiempo; ahora por lo que toca al influjo sobre las sementeras y mariscos, y sobre nuestros cuerpos, me ocurren bastantes dificultades, y muy fundadas: últimamente, acerca del daño que podemos padecer estando expuestos á la luna, estoy cierto de que es miedo vano, y sin el menor fundamento. Vamos discurrendo por partes. Si la luna hiciera daño á los humores de un hombre que con la cabeza descubierta se pone á ella, tambien lo causaria al otro que con la cabeza abrigada debajo de las mantas está durmiendo en un aposento bien cerrado. La luna solo puede obrar por virtud de esta atraccion que he dicho; y si con ella puede perturbar los humores del cuerpo humano lo ejecutará igualmente en cualquier lugar; pues yo veo que del mismo modo revuelve el agua de la superficie del Tajo que la que está en el fondo del mar, y que llega á hacer efecto en la porcion de agua que corresponde á los antípodas, atravesando su virtud todo el grueso de la tierra, sin que eso la estorbe ni disminuya su fuerza de obrar, como lo veremos al hablar de las mareas; no porque haya espiritus, efluvios ó algunos cuerpos sutiles, que para ese efecto atraviesen la tierra de parte á parte, sino porque la ley de la gravedad ó atraccion obra de otro modo, como ya os dije al tratar de la gravedad de los cuerpos terrestres. Esto supuesto, el

que dijere que la luna por la fuerza de su atraccion mueve los humores de quien está puesto á su luz, no debe decir que esa atraccion sea tan debil que un pañuelo ó sombrero puesto en la cabeza la frustre, ni aun el tejado de nuestras casas; porque si el grosor de toda la tierra no defiende de la atraccion de la luna al agua de nuestros antípodas, que está á la otra parte del globo terráqueo, ¿qué podrá hacer la pared mas gruesa? Esto en cuanto á ser la luna nociva ó no. Ahora vamos á las sementeras.

SILV. — Esperad; ¿pues qué solo por virtud de la atraccion puede obrar la luna?

TEOD. — Sí.

SILV. — ¿Y el sol no obra por otros medios sin que sea el de la atraccion?

TEOD. — El sol sí, porque obra con el calor y con las partículas de fuego, que siendo de su misma naturaleza sabemos que se introducen en los cuerpos terrestres; y este calor puede causar grandes mutaciones y efectos en los cuerpos: al contrario, la luz de la luna por mas esperiencias que se han hecho con ella ninguna alteracion sensible induce en los cuerpos. El descubrimiento del Daguerreótipo únicamente ha dado pruebas del influjo de su luz; pues llega á afectar las chapas metálicas, de suerte que Arago espera por este medio tener mapas de la luna mucho mas exactas que las que se han grabado hasta ahora; mas esto es solo con respecto á la luz. Los mayores y mas activos espejos ustorios que puestos al sol derriten prontamente los metales y petrifican muchas materias, no serán capaces de

hacer subir medio grado al termómetro mas facil en obrar que se les ponga en el foco, aunque esten espuestos por mucho tiempo á los rayos de la luna. Hanse hecho exactas diligencias para ver si se notaba alguna diferencia en el termómetro con la luz de la luna; pero siempre en vano, de que resulta que por medio del calor no puede la luna hacer mal ni bien á los cuerpos terrestres.

SILV. — ¿Y qué me direis de la constante esperiencia de los enfermos, los cuales uniformemente se quejan en las lunaciones, aun sin saber que son dias de eso?

TEOD. — Ese ya es otro punto, en que yo no tengo toda la certeza necesaria; pero en todo caso quiero deciros mi pensamiento y contaros una historia. Tuve en mi casa algunos años un huésped, hombre de pocas letras, y muy tenaz en el dictamen que una vez formaba; este habia tomado tal aversion á los viernes, que queria persuadirnos que en ese dia todo sucedia mal, y que era dia terrible, y formaba un largo catálogo de desgracias suyas y ajenas sucedidas todas en viernes. Intenté disuadirselo, atribuyendo á casualidad lo que él juzgaba ser influjo del dia, mas no pude: mostrábale como las voluntades libres de las personas, de las cuales pendian gran parte de aquellas desgracias, no podian ser movidas por algun oculto influjo del dia de la semana, y que este no es cosa capaz de influir, pues el sol que le forma forma todos los demas, etc.; mas nada bastó, porque se defendia con su esperiencia. Tomé el partido de callar, y por una temporada fui anotando todo cuanto sucedia con expresion de los

dias. Al cabo de dos meses volví á mover la cuestion, y despues que él refirió, segun costumbre, la serie de sucesos infaustos acaecidos en aquel dia, salí yo con otra mucho mayor de acontecimientos felicísimos, tanto pertenecientes á él como á otros, sucedidos en viernes; y despues referí otra serie de sucesos desgraciados que habian acontecido en diferentes dias de la semana, señaladamente en el miércoles, que él llamaba dia feliz. Y solo con este argumento logré convencerle. Lo mismo digo en el presente caso; en estando nosotros preocupados de una cosa, todo cuanto sirve para confirmar esa idea se deposita en la memoria con particular cuidado, porque todos se alegran de acertar, y tambien hacen aprecio de aquellas cosas que nos persuaden que acertamos: al contrario, todo lo que no favorece ó desmiente nuestra idea, como no se estima, no se deposita en la memoria, y así se olvida. Vos mismos habeis de tener una esperiencia propia que confirme este discurso mio, del mismo modo que todos los buenos médicos curais á muchos enfermos; pero tambien otros muchos se os mueren en las manos, y oireis en las juntas que los médicos forman un largo catálogo de los que tuvieron buen éxito con aquel remedio, y conservan en la memoria los nombres, calles, oficios, etc.; pero de los que murieron no forman relacion, ni aun conservan memoria sino de algunos mas notables.

SILV. — ¿Y para que se ha de conservar una memoria triste?

TEOD. — Pues lo mismo sucede en innumerables casos. Vos solo haceis mencion de los enfermos que

se quejan en dias de lunacion; pero no haceis cuenta de los que se quejan en otros dias. Si hicierais igual reflexion sobre unos y otros, tal vez hallariais que la luna tenia poco influjo sobre los enfermos. Esto para mí es muy probable en las lunas llenas y nuevas; pero todavía lo es mas en los cuartos, porque en esos dias no hay razon alguna ni aun aparente. En las lunas nuevas y llenas, como la atraccion de la luna y del sol obran por una misma línea, causan efecto sensible en las mareas, y podrá alguno fundarse en esa atraccion para afirmar que la luna altera los humores; pero en los cuartos, aunque la luna tuviera influjo y despidiera efluvios hácia acá, no habia apariencia de razon para que en ese dia fuesen mas que en cualquier otro entre la luna nueva y la llena. En estos dos dias dicen algunos que la luz del sol pasando por la luna, ó dando en ella y reverberando totalmente hácia la tierra, trae consigo grande abundancia de efluvios malignos, etc.; pero en los cuartos no sé qué apariencia de razon pueda haber para creerlo. ¿Qué conexion tienen los humores del cuerpo humano con que nosotros veamos solo un cuarto de la luna claro y el otro se quede oscuro?

SILV. — Teodosio, dejaos de impugnar eso, que es una heregía médica lo que decís. ¿No puede la luna influir en los vientos, en las lluvias, etc.? Luego tambien podrá influir en los cuerpos enfermos; quede esto sentado, y pasemos á otra cosa.

TEOD. — En los vientos ó lluvias, y en toda la atmósfera ó region del aire y vapores que nos rodean, puede la luna influir así como en los mares

por virtud de la atraccion, como diré á su tiempo; y esta sola atraccion basta para motivar esas mutaciones de tiempo, las cuales por la misma razon mas se gobiernan por las lunas nuevas y llenas que por los cuartos. Pero no sé cómo la fuerza de la atraccion de la luna obra en los enfermos, y esa es la razon por que digo que en este punto tengo muchas dudas, y no lo doy por cierto. Solo sí confieso que puede la luna manifestamente causar novedades en los enfermos *indirectamente* como dicen; en cuanto induce alteracion en los vapores y vientos, y estos tienen gran dominio sobre los dolientes.

SILV. — Sea del modo que quisiéreis, con tal que sea como la esperiencia nos enseña.

TEOD. — Vamos ahora á las sementeras, que esto pertenece á Eugenio, segun lo que poco há le he oido. Eugenio, no os canseis en andar observando la luna, ni mirando el almanak para hacer los injertos ó sementeras que quisiéreis. Daréos, para desengaño de esa general preocupacion, dos testigos los mas abonados que se podrán hallar en esta materia. Aquí los he de tener registrados en un libro desde que los encontré ¹. Aquí estan: el primero es Mr. Normand, director de los frutales y huertas del rey de Francia, el cual traducido del frances dice así: *Entre un grandísimo número de esperiencias hechas con la mayor exactitud en diferentes años sobre cada una de las operaciones de la agricultura, no he hallado ninguna que favorezca á la servil su-*

¹ *Espect. de la natur.*, tom. II, p. 145.

jecion de nuestros antiguos á los diversos aspectos de la luna. El otro testigo es Mr. de la Quintinie, su predecesor, el cual dice que no hay cosa mas frivola que cansarse en observar el día de la luna cuando se quiere plantar ó cortar, etc.; que es preciso hacer cada cosa en su sazón, escogiendo el tiempo propio, y atribuir el éxito al sol, al temple del aire, etc. Esta preocupacion general está tanto mas arraigada cuanto es mas antigua, y cuanto la gente del campo es mas asida á los dictámenes de sus padres, dando mucho menos al discurso que á su autoridad. Los antiguos ya fueron culpables en esto, y creo yo que fue esta la causa. Como la gente del campo no tenia almanakes, se gobernaban por las lunas para distinguir las diversas partes del año: los meses eran lunares, y corria entre ellos como cosa cierta que tal grano debia sembrarse en cuarto mes de la luna, cuando estuviese á la mitad, y esto venia á ser luna llena: que la otra planta era conveniente disponerla en el séptimo mes por ejemplo, ya casi al acabar, y esto venia á ser cuarto menguante: la otra en el octavo mes al principio, lo cual venia á ser luna nueva. Cada revolucion de la luna era su mes, y la cuarta parte de esta revolucion era una semana: miraban á la luna para saber en qué altura estaba el mes, ó qué semana del mes era, y tambien para saber si era el tiempo propio de sembrar ó plantar; y como los hijos criados con sus padres veian desde pequeños mirar á la luna, y que sus padres se guiaban por ella, no preguntaban el por qué, antes ciegamente iban creyendo que la luna en aquel cuarto influia en las simientes, y

lashed hacia salir bien, etc. Así que, Eugenio mío, el sol, las lluvias, los vientos y la estación del año es á lo que se debe atender, porque solo esto puede conducir al buen ó mal éxito de las sementeras. Y baste de conferencia, que para el primer día ha sido bastante larga.

EUG. — Resta que digáis algo sobre el influjo de los demás astros, porque siempre he oído decir nació debajo de buena estrella, y en los repertorios ordinarios leo muchas veces que en este mes predomina Marte, en aquel otro Saturno, etc., y atribuyen á esto el que los que nacen bajo el dominio del astro sean melancólicos ó coléricos, ó de estatura grande ó de nariz larga por ejemplo, y también de costumbres disolutas. Decidme lo que entendéis sobre esto.

TEOD. — Lo que yo entiendo es que los magistrados debieran prohibir todos estos papeles, que no sirven sino de desacreditar á la nación por donde circulan, y llenar de errores la cabeza del vulgo, que los lee casi con tanta fe como si fuera el mismo evangelio. Nacer debajo de buena ó mala estrella es una cosa que no se puede entender. Las estrellas del cielo á causa de su inmensa distancia ningun influjo pueden tener en la tierra.

EUG. — Acuérdomé de que hablando de la luz dijísteis que gastaba muchos años en venir desde las estrellas hasta nosotros.

TEOD. — Pues ahí vereis cuanto gastaría en venir ese influjo para hacer mal ó bien á la criatura que nacia. Pero supongamos que vengan esos influjos como quisieren : todas las estrellas del cielo están

á una inmensa distancia de la tierra, la cual es como un puntito nadando en medio de un espacio vastísimo é inmenso. Si una estrella influye, ¿por qué razón no han de influir todas las que están en el cielo? Y si influyen hoy, ¿por qué no han de influir todos los días, siendo en ellas siempre una misma la distancia, y pasando todas por encima de nosotros dentro de 24 horas? Mas : si influyen en un país, ¿por qué no han de influir en todos, siendo el globo terráqueo un punto en comparación de las estrellas? Lo mismo digo de los planetas : quisiera que me explicaran esto : si para nacer debajo del dominio de Marte basta que él esté entonces sobre el horizonte, siendo así que en 24 horas da una vuelta entera alrededor de la tierra, la mitad de los niños que naciesen le alcanzarían sobre el horizonte, y la mitad debajo : lo mismo digo de los demás. ¿Qué clase, pues, de observación se puede hacer en una cosa necesariamente general á la mitad de los hombres?

SILV. — Tal vez querrán decir que el tal planeta estaba á plomo sobre la tierra al tiempo del nacimiento.

TEOD. — Eso no puede ser sino en la zona tórrida, y siete grados y medio fuera de ella, porque nunca puede ningun planeta salir fuera del zodiaco, ni pasar á plomo acá por encima de nosotros. Además de que si Júpiter, v. g., pasara bien á plomo por sobre nuestras cabezas al tiempo del nacimiento del niño, ¿tan encañonados habían de venir esos influjos, que saliendo de todo el cuerpo de Júpiter, que es mucho mayor que la tierra, solo lle-

gasen acá al puntito de la casa en que nació la criatura, y no se esparciesen por todo el globo de la tierra, ó á lo menos por todo el reino en contorno? Y si á todos llega ese influjo, ya respecto de ellos no pasó á plomo; y si esto no es preciso, todos los demas planetas que siempre estan mirando á la tierra ya á plomo, ya oblicuamente, estarán influyendo sobre ella, y nada se podrá atribuir mas á este planeta que á los otros.

SILV. — Yo no entiendo de astronomías; pero siempre oí decir que la diversa conjuncion de los astros tenia algun dominio sobre los cuerpos terrestres. Ahí teneis una cosa constantemente observada por los médicos, que cuando el sol entra en la canícula no es conveniente ponerse en cura ni tomar remedio mayor: esto no lo habeis de negar.

TEOD. — No puedo concederlo. Sé que esa es la costumbre de algunos médicos que se guian por las doctrinas de antaño; pero sé tambien que los que siguen el movimiento del arte no sueñan semejante cosa y curan cuando la enfermedad reclama curar, sin atender á otra cosa que las circunstancias en que se halla el individuo. ¿Qué tiene que ver el sol con las estrellas, que estan mas de setenta mil millones de leguas distantes de él? Y ¿qué tienen que ver ellas acá con nosotros para perturbarlos los remedios? Entrar el sol en la canícula quiere decir que en estos dias el sol mirado desde la tierra corresponde en el cielo á estas estrellas, al modo que mirando nosotros á la torre del Bugio en la barra, nos corresponde á aquella estrella brillante que va á ocultarse; pero si se mirare al sol en esos dias de

otra parte fuera del globo terráqueo se verá la constelacion muy distante, así como al que ahora mirase desde Cascaes á la torre del Bugio le habia de parecer enfrente de alguna estrella del oriente. Luego en esos dias caniculares tanta conexion tiene el sol con la canícula como con cualquier otra constelacion. Es verdad que decimos que está en ella; pero eso no es porque realmente lo esté, sino porque mirándolo de acá, corresponde á ese lugar del cielo, y sin embargo está tan lejos de esa constelacion como de todas las otras. Por lo cual para saber cuando empiezan los caniculares no habeis de consultar al almanak, sino observar las calmas y otras disposiciones del tiempo y sobre todo las circunstancias individuales del enfermo y la naturaleza de su enfermedad, á fin de hacer juicio de si conviene ó no entrar en cura. Esto es lo que yo entiendo: vos seguid lo que mejor os pareciere, y gobernaos allá, pues sois médico de profesion.

SILV. — Como me crié médico peripatético pienso morir con todos esos abusos, y en la canícula solo en caso de grave necesidad haré remedio mayor.

EUG. — Es una constancia loable.

TEOD. — Los hombres no han de ser fáciles en variar. Insensiblemente hemos alargado la conversacion mucho mas de lo que yo quisiera, atendiendo á que Silvio aun no ha descansado de su viaje.

SILV. — Fue corto, y hecho con comodidad; pero ahora es preciso retirarme á casa: mañana vendré á ver el eclipse. Quiera Dios que de la luna de esta noche no me resulte algun daño.

TEOD. — Id sin susto, que la luna no es ningun basilisco, ni hace mal de ojo : venid temprano para que cuando empiece el eclipse tengamos acabada la conferencia.

SILV. — Obedeceré como debo.



TARDE DECIMACUARTA.

DEL SOL Y LA LUNA EN PARTICULAR.

§ I.

Del sol y de su naturaleza, figura, grandor, peso, densidad, manchas y atmósfera.

SILV. — Contra la esperiencia no sirven argumentos.

TEOD. — ¿ Pues qué, qué es eso, Silvio ? ¿ Qué os ha sucedido ?

SILV. — Ahora vengo de casa de nuestro amigo el comendador, el cual queda muy malo con una áoplejía que le dió esta mañana : es día de luna llena, y ademas de eclipse, que dicen será muy grande : ¿ y todavía direis que los eclipses y las lunas no influyen en los cuerpos ?

TEOD. — Mal estamos nosotros, Eugenio, que hemos de aguantar por entero toda la maligna influencia de la luna mientras dure el eclipse : ¡ desdicha-